

Responsabilidad Reichiana - Carlos Inza

Artículo de Carlos Inza, Médico, acupuntor, orgonoterapeuta. Investiga y trabaja en la articulación de la acupuntura con la orgonomía reichiana.

Más información en:

acupuntura-orgon.com.ar

<https://medicinaenergeticayotrasyerbas.wordpress.com/>

<http://periodismosur-realista.blogspot.com.ar/>



¿Cómo miramos y qué hacemos, nosotros los reichianos?

Sí: los reichianos tenemos una responsabilidad respecto de los demás. Y se trata de un “demás” tan amplio que incluye a la vida entera, no solo a los humanos. Es más: podría extenderse al Planeta Tierra y barrios adyacentes.

Todos nosotros (los pocos reichianos explícitos que habitamos en este lugar del universo), hemos abrevado en la fuente original: la vida y el trabajo de

Wilhelm Reich. Pero no solo hemos abrevado: también abreviado indebidamente. En general, salvo excepciones, hemos tomado solo una parte, un aspecto de la experiencia reichiana. Nos hemos contentado con absorber lo que nos venía bien para nuestro trabajo concreto, para “completar la formación” en el área de práctica y conocimiento elegido. O sea: hemos caído fácilmente en la Trampa de respetar las pequeñas jaulas del conocimiento humano, quedándonos seguros y protegidos en un área restringida, chiquitita. ¡Una actitud muy contradictoria con la del creador de esta Mirada, que no tuvo reparos para “invadir” cualquier disciplina que fuera necesario abordar!

Cada uno tiene su historia en esta relación con Reich, cada uno empezó por algún lado de su obra. A veces por lugares no esperados o “lógicos” de acuerdo a la propia formación (o deformación). Yo, por ejemplo, hacía bastante tiempo que me dedicaba a la acupuntura antes de conocer a Reich. ¡Pero no empecé por el orgón, sino por su penetrante análisis de la realidad social y política! Como “La Función del Orgasmo” es una especie de resumen y muestrario de toda su obra, me fui sin escalas a “Psicología de masas del fascismo”, porque era lo que más necesitaba en ese momento. Solo después se me dio por saber más acerca del misterioso orgón e investigarlo. ¡Y sin embargo, para alguien que practica la acupuntura, la relación entre orgón y chhi era clarísima, estaba fácilmente delante de los ojos de quien

quisiera ver!

Y bueno, en ese momento no quería o no podía verla. Seguramente porque tenía más necesidad de aclarar el pasado y mirar los procesos sociales y políticos de otra manera, puesto en otro lugar para comprenderlos mejor y más profundamente. Me encandiló esa mirada tan clara y tan profunda, enfrentando la verdad sin demagogia, sin “facilidades” que siempre se pagan caras. Recordar, al principio del libro, que Hitler había accedido al gobierno por elecciones fue una puñalada, pero también un baño de verdad, de realidad. Intuir que los gobiernos no son casuales ni obedecen a ciclos planetarios sino que se anclan en el “carácter social medio” de una sociedad determinada, fue otro impacto inolvidable y esclarecedor. Y así sucesivamente.

Y después vino la etapa de investigar con el orgón y todo eso, pero sin olvidar el aporte a la comprensión de los fenómenos sociales: era la misma persona, el mismo investigador el que había encontrado fuertes vínculos entre asuntos que parecían no relacionarse.

Cada una de las obras escritas de Reich se mete con alguna ciencia particular, solo que la da vuelta, como si de un guante se tratara, y la devuelve limpia, luminosa y apta para relacionarla con las demás. Pero también la torna incómoda, porque sus conclusiones resultan ser distintas y opuestas a la visión “oficial y generalmente aceptada” de la disciplina en cuestión. Ya se mencionaron dos: La función del orgasmo y Psicología de masas del fascismo. Pero el menú es surtido y provocativo: Análisis del carácter (psicología), La Biopatía del cáncer (medicina, energética básica), La revolución sexual, Los biones, La irrupción de la moral sexual (antropología), Los hombres y el estado (otra vez sociología y política), Escucha pequeño hombrecito (terrible descripción del “homo normalis”), CORE (trabajos climáticos, ingeniería cósmica). Hay otras obras, algunas pequeñas y en forma de artículos, pero de su última etapa destacan dos, en las que intenta profundizar en el método funcional que fue desarrollando y encontrando en la práctica de su larga investigación: El éter, Dios y el Diablo y Superposición cósmica.

Responsabilidad “interna”

En realidad, acabo de darme cuenta que quiero decir otra cosa: lograr integrar el conocimiento que aportó Reich, implica el desafío de integrarse uno mismo, de hacerse real. De expandir las propias fronteras y renunciar al cómodo cuartito, fácil de limpiar y decorar. O sea: dejar de ser “el emperador del pañuelito”, como una amiga definió cierta vez al consultorio particular, privado, solitario. Más allá de su potencialidad y sus posibilidades, en cierto sentido, el legado reichiano es bastante incómodo para sus seguidores: obliga a un gran esfuerzo de “ampliación de miras”, de investigación, de apertura a otras disciplinas. Eso de decir: “Ah, yo estudié otra cosa, no me vengán con física o meteorología” es una coartada primitiva, casi infantil. Es verdad que “meterse en otras cosas” exige audacia, pero también revela hasta dónde está uno dispuesto a llegar en el camino (su propia vida). Y si uno no sabe algo (como es de esperar en tantísimas cuestiones), entonces tiene que estudiar y preguntar a quien sepa, simplemente. Y exigir respuestas sencillas, comprensibles. Alguien dijo que por complicada que fuera una cuestión si uno no puede explicársela a su abuela, es que en realidad no la sabe...

Es que en todas las disciplinas existe una característica que relaciona a cualquier ciencia con el Poder: es la creación de un lenguaje especializado, críptico, medio misterioso y típico de secta de iniciados. Esa coraza, que los “científicos” desarrollan concienzudamente, los torna inalcanzables para el común de los mortales, que los escuchan admirativamente con mirada bovina.

No estoy sugiriendo queelijamos ser “todólogos”, sino que hagamos verdadero uso de las herramientas que el fundador de la orgonomía diseñó, probó, rectificó y finalmente utilizó con eficacia a lo largo de su vida de investigador. Y cómo su objetivo era mirar la vida y sus cosas enfatizando, principalmente, las relaciones entre energía y materia pero centrándose en el movimiento de la energía, podía (y debía) meterse con todos los aspectos de la realidad, de la cual las distintas ciencias eligen un aspecto reducido.

Es un verdadero honor y deberíamos sentirnos muy afortunados, porque así se aclaran y simplifican infinidad de problemas: cuestiones sin respuesta, de toda índole, pueden entenderse desde la simplicidad del movimiento de la energía, evitando mecanismos circulares y sumamente complejos que desalientan a cualquier buscador. Mecanismos circulares y complicadísimos que tienen la clara intencionalidad de no llegar a ninguna conclusión, a ningún lado que produzca necesarios cambios. Pero todo este feliz encuentro es imposible si el buscador no intenta salir de La Trampa en la cual nació y creció. Sin embargo el esfuerzo vale la pena: entonces no nos parecerá sorprendente que la represión de la vitalidad natural y los deseos que suscita implique la necesaria represión sexual (incluso la actual), produzca individuos infelices y, simultáneamente, sistemas sociales tan rígidos como el promedio extendido de cada coraza personal al ámbito colectivo, social. O que el universo sea un Mar de Orgón (la vieja y desechada teoría del éter), que las técnicas y procedimientos energéticos sean capaces de modificar el clima, que el uso de los acumuladores de orgón logren restañar una parte de la energía perdida, que alguien tenga a su tía cómodamente instalada en el músculo deltoides o que no poder “tragar” injusticias derive en una úlcera gástrica.

Abrir los horizontes tiene su costo, aunque los resultados sean fantásticos. Parte del costo implica meterse de verdad, seriamente, con las obras de Reich donde se desarrolla la cuestión del método. O sea: el Funcionalismo Orgonómico. ¿Cuántos reichianos estudiaron El Éter, Dios y el Diablo y Superposición Cósmica?

El mismo Reich sintió que rechinaban las vigas y los andamios que lo habían construido como persona, cuando se metió en “profundidades incómodas”. Simplemente se dio cuenta de que se había ido de la cultura oficial, estándar. Lo mismo sucederá con nosotros, si somos capaces de seguir por ese camino sin detenernos, solamente, en aprender algunas técnicas y procedimientos terapéuticos útiles para nuestro trabajo.

Miren lo que dice en el Capítulo I de El Éter, Dios y el Diablo:

“Habiendo conseguido, a despecho de todos los obstáculos y de las actitudes hostiles, profundizar durante tres decenios en ese problema central, adueñándome del mismo,

tomando como punto de referencia una función natural “fundamental”, me di cuenta poco a poco que había trascendido el marco mental de la estructura caracterial del hombre tal como existe en nuestros días y traspasado la civilización de estos cinco últimos milenios. Sin querer, me encontraba fuera de sus límites. Me arriesgaba pues a no ser ya comprendido, incluso exponiendo hechos y vínculos muy simples y fáciles de verificar. Me veía inserto en un dominio mental nuevo, desconocido, se trataba de explorar antes de avanzar más lejos. Mi desorientación en ese dominio mental nuevo, funcional, y en contradicción con el pensamiento místico-mecanicista de la civilización patriarcal, se ha efectuado en el espacio de catorce años, entre 1932 y la redacción del presente estudio, en 1946-47.”

Es duro, pesado, difícil, pero real, verdadero. Y no es una aseveración originada en alteraciones megalómanas o paranoicas. Nada de eso: es de una profunda humildad que proviene del asombro y la verificación, de la investigación y un procesamiento sereno pero serio y exhaustivo de lo que realmente veía, pensaba y sentía. Pero nada de lo que “vio” hubiera sido posible de advertir si no hubiera empezado a escapar de La Trampa: “la estructura caracterial del hombre tal como existe en nuestros días”.

Eso debe saber cualquiera de nosotros si se interna en este camino: más pronto que tarde se quedará fuera de la civilización hegemónica vigente. Lejos de la familiaridad contenedora de aceptar mansamente “lo que hay”.

Y, entonces, poco importa si uno deviene reichiano procediendo de la psicología, la medicina o la meteorología: lo trascendente es el cambio de mirada, el ponerse “en otro lugar” para ver, sentir, pensar y vivir la vida. También resulta insignificante la denominación de quienes apostamos a la mirada reichiana: ¿a quién le importa, realmente, definirnos como post-reichianos, pre-reichianos, neo-reichianos, para-reichianos o lo que sea? Es una estéril discusión de salón, un intento de sentirse dueño de cierta ortodoxia reichiana. Además de un operativo bastante irónico, porque ¿quién puede atribuirse el poder de la ortodoxia cuando se trata de la más heterodoxa de las miradas? Es casi un mal chiste.

Lo que aquí se llama “la responsabilidad interna” significa, única y exclusivamente, que cualquier persona que se sienta identificada con la obra y la mirada reichiana, tiene la obligación ética de intentar conocer, hasta donde pueda, todos sus alcances. Y no reducirse, únicamente, a los aspectos que le quedan fáciles por ser afines a la ciencia que estudió y trabaja profesionalmente. Es necesario advertir que la “formación” de origen, cualquiera sea, está signada por la clara intencionalidad de no poseer ni ejercitar una mirada sistémica y global sobre la vida. Y darse cuenta que esta es parte de la mentira sobre la cual nos hemos construido como personas. De manera que intentar salir de La Trampa y “meterse” con ciencias desconocidas pero mirándolas desde la energética reichiana, son parte de un mismo proceso de liberación y profundización.

Desde la adolescencia, y a veces antes, se advierte una clara polarización en los intereses básicos relacionados con el conocimiento. Me parece que todos hemos pasado por ese lugar: están los “técnicos-racionalistas-materialistas-prácticos” y están los “humanistas-idealistas-voladores-habitantes de alguna nube”. La mirada reichiana tiende a superar y sintetizar esos territorios aparentemente contradictorios, pero no es tan fácil lograrlo (y mucho tiene que

ver con eso de “hacerse real”). Por ejemplo: si la formación profesional es la de psicólogo, existe una dificultad no pequeña en aceptar de verdad que el orgón no es solo una buena “idea” que ayuda a darle fundamento a los desarrollos psico-corporales, sino una realidad física que puede concentrarse y utilizarse terapéuticamente. O sea: es necesario traspasar la formación original (que no hay que confundir con la identidad) si se quiere avanzar por este camino.

Otro aspecto de la “responsabilidad interna” implica desarrollar una cualidad inherente a la Vida, tal cual la concebimos y defendemos: ser solidarios y fraternales con todos los que podríamos (y deberíamos) llamar “compañeros reichianos”. Lo cual implica, y no es fácil, renunciar a construir estructuras de poder dentro del mismo campo. Hacer críticas está bien, siempre que sean fundadas, pero no es ético usarlas como mecanismo de dominación interno. Por la misma razón, y aprendiendo de la maravillosa sabiduría china que desarrolló a la acupuntura, es fundamental acentuar los rasgos parecidos y no los diferentes: ¡no tenemos tiempo para perder y somos pocos!

Responsabilidad “externa”

Convengamos que no es un momento fácil en la historia de la especie humana. Es más: no es un momento fácil en la historia de la vida en el planeta Tierra, justamente como consecuencia de la conducta de la especie mencionada. Al menos, de la variedad de humanos que han devenido en hegemónicos.

Estamos en crisis y todavía no hay manera de saber cuál es el guión de la película: si sigue o termina. Bueno, en realidad terminaríamos nosotros los humanos, arrastrando a muchas otras especies hacia su extinción (cosa que ya está ocurriendo), pero la vida no terminará: seguirá por otros cauces, simplemente. Y si llegara a ocurrir nadie va a extrañarnos, seguramente. Somos, apenas, recién llegados a la existencia, pero estamos aquí.

Estamos, aquí y ahora, disponiendo de una formidable herramienta para mirar, sentir y pensar eso que llamamos “vida” o “realidad”. Realmente creo que la orgonomía reichiana es una manera de comprender la existencia con tal profundidad que no conozco en otras variantes de la sabiduría. Se supone que estamos capacitados para poder entender por qué razones (variadas) alguien “decide” tener asma, hipertensión o gastritis. Y, también puede suponerse legítimamente, que podemos comprender qué acontecimientos ocurrieron en la historia humana para que la inmensa mayoría de la población humana no pueda vivir la vida como una fiesta si no como una condena. Podemos hacer exámenes transversales, invadir porciones de conocimiento, sintetizarlos y llegar a conclusiones generales. Y hasta podemos entender qué cosa ocurre con la atmósfera terrestre y cómo podríamos modificarla ayudándola a autorregularse.

O sea: disponemos de un estilo de “mirar las cosas de la vida” que implica un gigantesco adelanto cognoscitivo e interpretativo. Y si realmente logramos adentrarnos en esa mirada desde lo más profundo de nuestra propia funcionalidad, entonces podremos reconocer que “las cosas” son muchísimo más simples de lo que creíamos, nacidos y envueltos en la complicada hojarasca de La Trampa. Suponiendo, equivocadamente, que la realidad es muy

complicada y solo los especialistas pueden desmenuzarla sin lograr nada al final del camino: solo la autopsia de un fragmento de vida.

También es probable que, andando por este camino, hayamos aprendido que la vida es un suceso, un movimiento. Y que este movimiento es imposible sin un alto grado de solidaridad y compromiso entre las especies vivientes: la vida es una cooperativa. Entonces, probablemente, nos daremos cuenta que el trabajo individual del consultorio solo beneficia a unas pocas personas, habitualmente a quienes pueden pagar nuestro trabajo, pero tiene chance nula de modificar las condiciones generales de existencia.

Reich se dio cuenta rápidamente de estas limitaciones y, muy temprano, elaboró una propuesta que resultó francamente revolucionaria: fue la SexPol. Claro que esto funcionó en condiciones dificultosas y especiales, en el contexto de acontecimientos que desembocaron en otra guerra “mundial” (guerra inter-imperialista, en realidad). En ese momento él militaba en el PC alemán, pero advirtió que los militantes, especialmente los más jóvenes, solo estarían en condiciones de desarrollar todo su potencial revolucionario si eran capaces de liberarse a sí mismos. O sea, y para no abundar en detalles que ustedes conocen bien: si eran capaces de vivir sanamente su vida sexual. El proyecto funcionó tan bien que los miles de jóvenes del PC que se enlistaron lograron empezar a vivir placer del bueno, pero al mismo tiempo adoptaron actitudes críticas respecto de su conducción política, que acostumbraba a manejarlos como si fueran ganado. O sea: al mejorar su vida sexual, también maduró su sentido crítico y la necesidad de ser respetados. Al final, Reich terminó siendo expulsado del PC porque, para sus dirigentes, se transformó en la “manzana podrida” que estaba contagiando a sus cuadros juveniles.

A medida que su pensamiento y acción evolucionaban, se dio cuenta que la experiencia social-comunista estaba resultando aberrante y esencialmente contra-revolucionaria, de manera que comenzó una crítica demoledora contra la política estándar, pero no contra la decisiva importancia de los aspectos políticos de la sociedad humana. Fue entonces que propuso otro sistema (la democracia del trabajo) pero también se atrevió a pensar en gran y profunda escala: si hay un futuro mejor para la especie humana, éste será gestado en la panza de las embarazadas y pariendo a “los niños del futuro”.

“El futuro destino de la raza humana será creado por la estructura caracterial de los niños del futuro. En sus manos y corazones estará esta gran decisión. Tendrán que limpiar el caos del siglo XX. Esto nos concierne a nosotros, los que vivimos en medio de este gran caos. Un nuevo tipo de desarrollo social, hasta ahora desconocido, entra en escena: El interés internacional por el NIÑO.

La primera condición para tomar las oportunidades dadas es la realización de nuestra propia función: somos solo los transmisores de un pasado depravado, hacia un futuro eventualmente mejor. No debemos ser nosotros los que edifiquemos este futuro. ¡No tenemos derecho de decir a nuestros hijos cómo construir su futuro! Ya hemos demostrado que somos incapaces de construir nuestro propio futuro. Lo que podemos hacer como transmisores, no obstante, es contar a nuestros hijos, dónde y cómo fracasamos. Podemos, además, hacer todo lo posible para remover los obstáculos que están en el camino de nuestros hijos, para que construyan un

mundo nuevo y mejor para ellos mismos.

No podemos, de ningún modo, predicar la “adaptación cultural” para nuestros hijos, ya que esta misma cultura ha sido desintegrada bajo nuestros pies hace más de 35 años. ¿Nuestros hijos tendrán que adaptarse a este siglo de guerras, matanzas en masa, tiranía y deterioro moral?

No podemos decir a nuestros hijos qué tipo de mundo sería o habría que construir, pero podemos equipar nuestros hijos con el tipo de estructura caracterial y con el vigor biológico que les harán capaces para tomar sus propias decisiones y encontrar sus propios caminos para construir, de una manera racional, su propio futuro y el de sus hijos.”

(Wilhelm Reich en la Segunda Conferencia Internacional de Orgonomía, 25 de Agosto 1950. Publicado en Orgone Energy Bulletin, 1950)

Y en ese punto estamos. Esa es la gran posibilidad, el mejor futuro que podemos alumbrar.

Y, aquí, hablar de “alumbrar” no es pura metáfora: es el único futuro luminoso que podría esperarnos. Y claro: mirar las cosas así nos compromete mucho más allá de las fronteras del consultorio, nos despoja de la tranquilidad (y descompromiso) de ser “los emperadores del pañuelito”. Por eso Reich sumó su segunda y meritoria conquista personal: logró ser expulsado de la Asociación Psicoanalítica Internacional, esa cofradía inquisitorial que se apoderó del inconsciente para adaptarlo a las necesidades del Poder y divulgar la resignación usando como excusa “el instinto de muerte”.

Más tarde, agregó otro galardón a la serie: sus trabajos fueron rechazados por el científico top del sistema: Albert Einstein, el mismo que generó las condiciones para desarrollar la bomba atómica pero simultáneamente hablaba de paz y de un dios “que no juega a los dados”. Cuando Reich le contó sus hallazgos, especialmente la capacidad del acumulador de orgón para aumentar la temperatura en su interior comparada con la del medio ambiente, Einstein se sobresaltó y le dijo: “Si esto se confirma, es una bomba”. Ahora se sabe que no investigó seriamente ésa propiedad del acumulador: delegó la tarea en un asistente que no verificó seriamente la cuestión y esgrimió una razón insustancial para explicar el aumento de la temperatura. Es que Einstein tenía “otra bomba” en mente, no la del orgón.

Esto es para decir que estamos bastante solos: no nos quieren los fascistas de variado color, no nos quieren los capitalistas herederos y continuadores del patriarcado ni los moralistas puritanos. Tampoco los psicoanalistas que no toleran herejías, ni los físicos que ignoran el orgón. O sea: no existimos para todos los que están viviendo y pensando “oficialmente”. Pero hubo quienes, desde el Poder, temieron las implicancias de los trabajos reichianos. Tanto que quemaron sus libros y acumuladores en una escena digna de la Inquisición Medioeval y terminaron metiendo a Reich en una cárcel. Por algo será, como dicen en cualquier barrio de cualquier lugar...

De manera que tenemos una responsabilidad que no podemos evadir, si sostenemos lo esencial del pensamiento reichiano. Responsabilidad ante la sociedad, ante los otros vivos,

ante la vida. Es nuestra decisión callar o no, hacernos cargo o evadir.

Al principio hablé de ser solidarios y “buenos compañeros” con quienes sean o se digan reichianos, pero me encuentro en una contradicción que necesito compartir. El problema es que puede verse muy fácil que la orgonomía reichiana (o como una quiera llamarla) es tomada de manera extremadamente sesgada. Es fácil acudir a “ciertos trabajos” de Reich como materia prima para construir un método que prometa felicidad personal y orgasmos top: para eso es suficiente una etapa del devenir de la orgonomía, la misma que origina a casi la totalidad de las psicoterapias corporales. Para eso basta con una serie de ejercicios y listo. Y si esto funciona, entonces vamos a ayudar a que los que tienen algún poder sigan ejerciéndolo sin culpa y con mayor eficiencia, porque están entre los que pueden pagarnos. Es un porvenir muy pobre para la potencia del pensamiento reichiano, un presente demasiado mezquino.

Pero, ¿qué hay del resto? ¿Adónde quedó el orgón bio-físico, el que se puede concentrar y utilizar terapéuticamente? ¿Dónde está la crítica profunda y demoledora acerca del patriarcado? ¿Qué ocurrió con la ampliación del conocimiento de los caracteres individuales a la comprensión de la sociedad y su asentimiento sumiso a la autoridad? ¿Qué posición tienen los reichianos acerca de los trabajos climáticos con el cloud-buster? ¿Qué opinan sobre la posibilidad de fabricar motores que funcionen con energía orgón? ¿Por qué “extraña” razón los reichianos de los países “desarrollados” solo se interesan por los aspectos físicos del orgón o por sus aplicaciones individuales?

Más allá de estas preguntas, cuya respuesta se posterga, subyace otro problema: ¿cómo ser honestos, coherentes y eficaces sin convertirse en una secta mesiánica, otra más?

Creo que la respuesta está en la necesaria humildad del trabajador de la salud o de la educación. Que eso somos, ya sea que nos reconozcan como médicos, psicólogos, educadores o lo que sea. Por ejemplo: nadie que haya trabajado honestamente con los problemas de salud de otra persona puede presumir de ser infalible, perfecto o no haberse equivocado, que también es un derecho humano, entre otros. Todo lo que podemos hacer es ayudar. Ayudar a que la propia persona pueda curarse o levantarse de alguna situación ruinosa acudiendo a lo mejor que tiene: nuestra tarea es incentivar esas fuerzas, esas energías que tienden a la auto-regulación. No es poco, pero en el mejor de los casos (cuando lo que hacemos funciona) nadie tiene porque levantarnos un monumento.

Es la humildad delante de la vida, nada más y nada menos.

Pero una humildad combatiente, audaz, valiente y responsable. Porque lo que está en juego es sumamente importante: es la vida que amamos y deseamos, simplemente. Entonces tenemos que preguntarnos en qué consiste nuestra responsabilidad y compromiso reichiano. Seguro que no consiste en pasar anuncios con el nombre “Orgonomía” o “Reich”, que son palabras difíciles y polémicas. Pero sí trabajar en función de “los chicos del futuro”. Y hacer aportes concretos para comprender más profundo los procesos individuales, sociales, históricos y políticos, porque tenemos algo original para decir y es nuestra obligación hacerlo.

Y también tenemos que dejar un legado y pasar la antorcha a los que sigan.